

Parásitos de la Argentina

Marcos Ayerra

Marcos Ayerra

PARÁSITOS DE LA ARGENTINA

Introducción

En 1992 yo tenía 25 años y jugaba al rugby. Me había entrenado todo el verano con un grupo de amigos y un preparador físico para estar en mi mejor forma en la temporada.

Pero en febrero comencé a sentirme mal. Algo pasaba en mi cuerpo: bajé de peso y me sentía débil. Como no tenía ningún dolor específico, le di poca importancia pensando que era algo pasajero.

Luego de un par de meses había bajado tres kilos y me sentía cada vez con menos fuerzas para jugar. Recurrí a varios especialistas hasta que un médico detectó que tenía en la boca del estómago un quiste de *Gardia lamblia*, la forma resistente e infectante del parásito que causa la giardiasis. La solución fue sencilla: me recetó un antiparasitario y en pocas semanas todo se había normalizado.

Aprendí que es natural y esperable toparnos con parásitos porque son un componente común en la cadena de la vida, que debemos darles una batalla que nunca termina, y que está en su naturaleza disimular su presencia para que el cuerpo que los hospeda no se dé cuenta de que está siendo parasitado. Si no hubiera tenido la inquietud deportiva y no me hubiera topado con un buen médico que encontró el problema, quizá nunca me hubiera enterado de la presencia de los parásitos en mi cuerpo.

Si la sociedad argentina fuera un cuerpo humano, su diagnóstico sería el de un cuerpo infectado de parásitos. Y la solución sería muy fácil: tomar un antiparasitario.

Pero es un cuerpo social y no existe un agente superior y externo que descubra los parásitos y aplique una medicina. Somos los miembros de la sociedad los que debemos descubrir las actividades parasitarias y eliminarlas.

Y para eso debemos despertar y reaccionar, descubriendo esas actividades y analizando si nosotros mismos participamos o fomentamos alguna de ellas.

Creo profundamente en el camino que Dios eligió para la humanidad. Nos creó libres para que podamos aprender a elegir entre el bien y el mal, y por lo tanto somos responsables de usar bien esa libertad.

De hecho, elevar nuestro nivel de conciencia para hacer un buen uso de nuestra libertad, es el gran desafío de la humanidad.

En Argentina, ante las crecientes injusticias en una sociedad adormecida, diversos gobiernos manipuladores nos ilusionaron con que la solución era delegar en ellos esa libertad para que hicieran con nuestra plata lo que nosotros no hacíamos por los demás.

Esos políticos resaltaron las injusticias de cada momento y accedieron al poder prometiendo eliminarlas. Desde entonces, y a través de diversas ideologías, se incrementó el gasto público generando un descalabro fiscal monumental que provocó subas de impuestos, inflación, endeudamiento e incertidumbre. Nos transformamos en un modelo de país agobiante en el que crecieron la pobreza y la desesperanza.

La sociedad reaccionó en el año 2023 votando a un líder distinto que proponía el camino opuesto al que nos degradó.

En su campaña electoral, el ahora presidente Javier Milei se comprometió a devolvernos la libertad para que

podamos revertir el proceso de degradación y empobrecimiento de las últimas décadas. Para liberarnos, está bajando el gasto público, eliminando el déficit fiscal, reduciendo la inflación, los impuestos, las regulaciones y los privilegios, entre otras acciones cuyo fin es quitarnos de encima el peso del Estado para que podamos volver a progresar.

Trabajé con orgullo en el nuevo rumbo de la Argentina durante los primeros veinte meses de gestión del Gobierno de Milei. El cambio se está implementando, y en las elecciones de medio término en octubre de 2025 la gente ratificó su apoyo al proceso de sanación, pese al dolor que genera la transformación.

Es muy esperanzador el ciclo que comenzó en Argentina, pero debemos profundizarlo para no quedarnos a mitad de camino. Si el Estado se retira para darnos espacio, entonces es claro que los privados debemos ocupar ese espacio. Una cosa lleva a la otra, indefectiblemente.

Cuando tenemos libertad comienza el verdadero trabajo de usarla bien, y darnos cuenta es fundamental. No alcanza con votar la continuidad del cambio: debemos ser protagonistas del cambio ya que la transformación genera muchas resistencias de quienes viven de lo viejo, y es indispensable la ayuda extra de quienes creemos en el nuevo rumbo. Esta nueva batalla cultural es enorme y urgente.

A los desafíos propios de transformación nacional se agrega que el mundo entero se tornó muy complejo e incierto, con desafíos globales que ya impactan en nuestro día a día local.

En lo demográfico, Argentina no escapa a las tendencias mundiales y, según el INDEC, entre los años 2010 y 2022 la cantidad de nacimientos cayó un 43 %, de 2,4 a 1,4 hijos por mujer en edad reproductiva, llegando a niveles inferiores a la tasa de reemplazo, que es la tasa de nacimientos que permite que la población se mantenga en el

largo plazo. Esto provoca una tendencia a la reducción poblacional que desafía la estructura social.

Se agrega la irrupción global de la inteligencia artificial, una herramienta muy potente que evoluciona exponencialmente y genera mucha incertidumbre sobre el futuro del empleo y la actividad económica. No está claro cómo impactará en cada sociedad, pero pone en evidencia la importancia de enfrentar el desafío con la mejor capacidad de reacción posible.

Y se viven además grandes cambios geopolíticos que están generando batallas comerciales, migratorias y guerras transformacionales para la convivencia global que agregan incertidumbre a los desafíos propios que se viven en Argentina.

Si bien contamos con mucho de lo que el mundo necesita, como alimentos, energía, minerales y talento, para ser exitosos ante los desafíos locales y globales debemos estar muy despiertos, juntando todas las fuerzas posibles para dar las batallas necesarias y poder progresar a pesar de las resistencias y la incertidumbre del entorno.

Nuestro objetivo debe ser transformarnos en un país atractivo para los jóvenes, no solo para que los nuestros se queden, sino para atraer a los extranjeros que quieran progresar en un entorno ordenado, coherente, justo y pacífico. Debemos darles confianza de que, si tienen hijos, podrán ganar lo suficiente y contar con servicios para criarlos bien y en paz. Esos jóvenes deben sentirse dueños del nuevo orden en Argentina, porque son ellos los que traerán lo que necesitamos.

Entre nosotros y ese futuro hay un feroz enemigo, el enemigo principal de la sociedad argentina, un monstruo maldito que devoró nuestro pasado, nos roba el presente y la esperanza en el futuro, y que debemos derrotar.

Ese enemigo se llama “costo argentino”. Es un andamiaje parasitario que fue construido sigilosamente por un grupo de argentinos para abusar de otros argentinos. Estos

parásitos están muy organizados para seguir viviendo del esfuerzo de sus compatriotas.

Debemos destruir ese ecosistema, pero la batalla a librar no es entre partidos políticos, porque los parásitos del costo argentino superaron ideologías y gobiernos. No la ganaremos desde la búsqueda de culpables ni de la denuncia. Es una batalla cultural profunda e integral que requiere que quienes deseamos el cambio pasemos a la acción, cada uno en su metro cuadrado.

La consigna es simple: los que queremos que Argentina cambie debemos luchar con más fuerza que los que quieren que Argentina no cambie.

La lucha será muy difícil porque hay grandes negocios detrás del *statu quo*, y sus beneficiarios financiaron durante décadas la instalación de ideas falsas que les permitieron abusar impunemente de los demás.

Pero la verdad es hija del tiempo, y los argentinos pudimos sentir en carne propia el agotamiento del viejo modelo y apostamos por un cambio. Estamos encaminados, pero en zona de riesgo porque la transformación duele y requiere tiempo y paciencia, y los parásitos buscan desesperadamente aprovechar ese dolor para convencernos de abandonar la transformación.

Es imposible ganar la batalla sin saber contra quién luchamos. ¿Qué es y quiénes están detrás del costo argentino? Es un monstruo parasitario de siete cabezas que hace todo lo posible para pasar desapercibido:

1. La mafia judicial, o industria del juicio.
2. Los excesos gremiales.
3. Los excesos de impuestos, tasas y contribuciones.
4. Las prebendas injustas de privados contra privados.
5. Las regulaciones absurdas y kiosqueras.
6. La normalización de la informalidad.
7. La aceptación de la corrupción.

Estas siete cabezas parasitarias están interconectadas y se alimentan entre sí. El proceso de desarme del costo argentino es refundacional porque hace demasiados años que no crece la actividad económica ni el empleo ni la cantidad de empresas, y en ese tiempo creció fuerte la pobreza, los jóvenes perdieron el entusiasmo por tener hijos y muchos se fueron del país.

Y este desarme del costo argentino, que ya comenzó, a varios les incomoda y duele.

A modo de ejemplo, bajar la inflación y normalizar el comercio exterior reducen la pobreza general, pero genera dolor en aquellos que se beneficiaban de esas distorsiones que la sociedad sufría y, por lo tanto, resisten naturalmente a los cambios.

Entonces, quienes perdieron sus fuentes de rentabilidad exigen al gobierno que “nivele la cancha”, reduciendo el costo argentino que les impide competir en el nuevo entorno.

Y eso que pasa es maravilloso, porque a diferencia de lo que pasaba en el viejo esquema de inflación y protección, en el nuevo paradigma de competitividad lo que piden los empresarios conviene a los consumidores.

¡Hay una alineación total entre millones de empresarios, trabajadores independientes, consumidores y jóvenes con ganas de progresar, para destruir los privilegios perversos de los arquitectos del costo argentino! Esta novedosa y potente alineación de intereses es una garantía de éxito si tomamos verdadera conciencia de ello.

El desafío es grande y los parásitos nos distraen. Piden tiempo, nos asustan, nos quieren enfocar en lo que muere en lugar de en todo lo que podría nacer. Si lo logran, perderemos la oportunidad y se tornará exponencialmente peligrosa la desesperanza.

Y el Poder Ejecutivo nacional, impulsor de este nuevo paradigma de cambio, no tiene el superpoder para elimi-

nar el costo argentino. Su eliminación requiere, en algunos casos, del apoyo del Congreso Nacional; en otros, de las legislaturas provinciales o concejos deliberantes; en otros, de gobernadores e intendentes, y en todos es clave el apoyo de la sociedad identificando y condenando socialmente a las actividades parasitarias, porque se trata de un cambio cultural profundo que debe pelearse en cada metro cuadrado del país.

¿Quiénes somos los principales interesados en lograr la transformación argentina? La mayoría de los que deseamos vivir en un país justo en el que es amigable emprender y el esfuerzo se premia.

¿Te sentís identificado con el deseo? Solo se logrará si te sumás como protagonista. De eso se trata este libro, de describir la batalla y arengar a luchar, porque es esencial ganarla para destrabar nuestro progreso.

Capítulo 1

Los parásitos

*“La base moral de una sociedad libre se ve socavada
cuando ciertos grupos especiales pueden obtener
privilegios a expensas de los demás”.*

FRIEDRICH HAYEK

Para comenzar, tomemos del lenguaje de la medicina el término “hospedador”: es un organismo que alberga a otro organismo, ya sea un parásito, bacteria o virus.

El parásito es un organismo que se alimenta de su hospedador. Básicamente, vive de él y desarrolla múltiples habilidades para que el hospedador no se dé cuenta de que es utilizado.

Un buen ejemplo de parásito son las sanguijuelas, una especie de gusanos que se adhieren a la piel de la víctima y le succionan la sangre durante horas, debilitándola. Viven en depósitos de agua dulce con corrientes lentas y cálidas y se alimentan de quienes entran en su hábitat; es decir, solo nos pueden parasitar cuando nos metemos en su ambiente. Tienen una habilidad maravillosa para que no percibamos que nos están chupando la sangre.

La imagen de este tipo de parásitos nos sirve de gran ejemplo para describir a los causantes del agobiante costo argentino, el enemigo social contra quien tenemos que luchar.

En Argentina se desarrolló una especie de parásitos sociales cuya habilidad es engañar a las personas invitándolas a un lago calentito y adormecedor, abusando de

ellas mientras les hacen creer que, en realidad, las están cuidando.

Silenciosamente, los parásitos se fueron multiplicando y desarrollaron nuevas variantes hasta conformar el ecosistema de siete especies que hoy nos acosan: la mafia judicial, los excesos gremiales, los impuestos y tasas, las prebendas de privados contra privados, las regulaciones absurdas y kiosqueras, la normalización de la informalidad y la aceptación de la corrupción.

El agua dulce, caliente y estancada del charco en el que viven las sanguijuelas simboliza el gasto público, las regulaciones, los impuestos y las prebendas. Es el marco que se fue moldeando en Argentina para nutrir y proteger las actividades parasitarias.

En la naturaleza, cuando salimos del agua podemos ver y eliminar a las sanguijuelas adheridas al cuerpo.

También bajando el nivel de agua del charco lograremos que los parásitos se amontonen y se hagan más evidentes. Esto último es lo que se puso en marcha desde que asumió el presidente Milei, bajando el gasto público y las regulaciones.

Hasta ahora, simbólicamente, los pocos que lograron salir del agua y subsistir, lejos de las sanguijuelas, generalmente lo hicieron saliendo del sistema a través de la informalidad, o yéndose del país como tantos jóvenes y emprendedores.

Los argentinos nos dimos cuenta de la succión tramposa, y nos sentimos atrapados, asfixiados, y empezamos a pelear por secar el charco o salir de él, pero fuera del agua tenemos frío, sentimos incomodidad e inseguridad. Al sentirnos solos nos quedamos cerca del charco por las dudas, porque no tuvimos confianza para tomar los riesgos de un viaje verdadero hacia nuestra dignidad.

A diferencia de las sanguijuelas naturales, estas sanguijuelas sociales hablan, y mediante mentiras lograron que muy pocos escapen del engaño.

“¡Eh, qué hacen! ¡Vuelvan al charco calentito!”, nos gritan. Saben que desde que tenemos memoria fue así, y cada vez que dudamos nos recuerdan los lindos momentos que vivimos en ese charco decadente, sintiéndonos comunidad, y nos generan temor de todo lo que podemos sufrir si nos alejamos, siguiendo el sueño irreal de creer que tenemos capacidad de valernos por nosotros mismos y lograr grandes cosas.

Para ganar esta batalla debemos conocer a las sanguijuelas, ya que no se puede combatir a un enemigo desconocido.

Por eso es indispensable conocer cómo y por qué surgieron.

A mediados del siglo pasado, el Estado comenzó a gastar más de lo que recaudaba, generando déficit fiscal. Al principio, se agotaron las reservas, luego subieron los impuestos y la deuda, y la impresión de dinero, llegando para quedarse el gran engaño a los pobres: la inflación.

A medida que el Estado crecía con su burocracia, impuestos, inflación y corrupción, extraía más plata de la gente para financiar sus gastos, haciendo que se tornara cada vez más complicado subsistir fuera del Estado.

Quienes abusaban de la sociedad necesitaban cómplices para seguir parasitando a gusto, y armaron una red de manipulación cada vez más robusta.

Al que se daba cuenta del engaño, los gobiernos y legisladores parásitos lo invitaban a la fiesta para que no levantara la perdiz. Le daban un derecho legal, un negocio, una prebenda, algo que la gran mayoría no tenía porque no todos pueden vivir del otro en una sociedad.

Y así esta estructura parasitaria fue creciendo, invadiendo todos los estratos de todos los poderes, agregando capas geológicas, haciendo cada vez más inviable hacer negocios privados formales sin prebendas.

Las sanguijuelas parasitarias son, sin dudarlo, las causantes del costo argentino, una mochila que todos carga-

mos, el enemigo común de quienes queremos recuperar nuestra libertad.

Su modo de vida es injusto e inmoral para los demás, y debe desaparecer.

Claro que la batalla no es fácil. Cada vez que alguien intenta ir contra algún componente del costo argentino, aparecen a defenderlo una cantidad de políticos, sindicalistas, economistas, empresarios y periodistas incentivados económicamente a detener el proceso de cambio, y argumentan vergonzosamente que la transformación es mala, que duele, que los argentinos no podemos ser normales, que son demasiadas las distorsiones. Todos argumentos cortoplacistas y falsos.

Ellos están defendiendo su modo de vida, un negocio que se alimenta del daño social.

Los parásitos quieren seguir viviendo de otros argentinos y se defienden usando la enorme caja de que disponen por tener sus negocios. Ellos, a su vez, aprovechan la falta de moralidad de ciertas personas con capacidad de influir en la sociedad, y las financian para mandarlas a asustar a la gente y que no escape de la trampa.

Todos ellos se aprovechan de cierta pasividad de los argentinos que nos dejamos parasitar porque no creemos que podamos realmente organizarnos para ser una sociedad normal.

Por suerte, el dolor que eso nos causó fue tan grande que perdimos el miedo. La gente reaccionó y somos millones los que apoyamos el nuevo camino.

El gran desafío de la época es creer que merecemos un mejor futuro, que podemos lograrlo, y que debemos luchar por ese futuro con más fuerza que la que hacen los parásitos para defender su modo de vida.

Y es una lucha eterna, porque mientras haya vida, habrá parásitos buscando vivir de otros.